

*Dum tenet Emeritus miles sum magna tabernæ,  
Sed dum Virgo tenet me major nuncupor et sum.  
Tunc oleum fluo, signans magnificam pietatem  
Christi nascentis, nunc trado petentibus ipsam.*

El techo de la nave central está pintado al fresco por el Dominiquino, que representó en un admirable cuadro la Asunción de la Virgen entre un coro de espíritus angélicos. Debajo del altar, adornado con cuatro columnas de pórfido, está la *Confesion*, donde reposan los cuerpos de San Calixto, Cornelio, Calepodio y otros mártires: al lado, bajo el arco de la derecha, está el lugar donde surgió la fuente de aceite, en el cual hay escrito *fons olei*, y en una lápida inmediata se lee:

NASCITUR TUNC OLEUM, DEUS, ET DE VIRGINE, UTROQUE  
OLEO SACRATA EST ROMA, TERRARUM CAPUT.

Enfrente á la Basílica de Santa María, formando el centro de la plaza, se eleva, sobre ancha gradinata octógona, de cuatro escalones, una de las hermosas fuentes monumentales de Roma; de las cuatro inscripciones correspondientes á sus cuatro ángulos, la primera contiene dos nombres españoles: Alejandro VI (Borgia) y Juan Lopez, cardenal de Valencia, que fueron los primeros restauradores de la obra.

## IV.

Si en los tiempos de Augusto pudo llamarse colina Vaticana toda la parte alta de la ribera derecha del Tíber, desde el puente Molle hasta el Sublicio, como parecen indicarlo unos versos de Horacio, en que dice que el monte Vaticano repetía con eco poderoso los aplausos del pueblo, que llenaba el teatro de Pompeyo, tampoco ha de negarse que en épocas anteriores prevalecía la denominación de monte Janículo para designar

aquella extensa cordillera, region muy importante en los destinos y en la historia de la Roma antigua.

Puente *Janiculense* fué llamado el que enlaza el campo Marcio con esta region del Transtevere: puente *Aurelio* se le dijo tambien, del nombre de Marco Aurelio Antonino Caracalla, que lo construyó, y puente Sixto se le denomina en la actualidad, en memoria del Papa Sixto IV, que lo habilitó y reedificó, à *fundamentis*, para utilidad del pueblo romano y de la muchedumbre de fieles concurrente al jubileo en el año 1475, como se lee en una de las inscripciones latinas del parapeto. Sobre los arcos de este puente, modelo de solidez y de bien entendida arquitectura, corre el raudal de agua *Paula*, que alimenta la más sencilla y elegante, sin duda alguna, de las fontanas de Roma; la que hay en la inmediación del puente mismo, dando frente á la espaciosa calle Julia, obra de Paulo V, bajo la dirección de Juan Fontana.

Pero no olvidemos, por el encanto que produce esta fuente con su gran taza en la parte superior, sus dos columnas jónicas y sus dos surtidores laterales, que se cruzan como espadas, que nos hallamos á la opuesta orilla del puente Sixto.

El Janículo tiene tambien su leyenda, como las siete clásicas colinas, que al otro lado del rio se extienden. Antes de que el rey Ancó Marcio uniera este monte á la ciudad por medio del puente Sublicio, y antes de que el mismo rey construyera la fortaleza, que fué siempre considerada como primer punto estratégico y llave de Roma, hubo en aquella altura bosques y altares, y pasaron por ella las divinidades de la fábula pelágica y de la fábula sabina.

Enfrente al Capitolio, la fortaleza coronada por el templo de Saturno, aparecía el Janículo, la fortaleza sabina, habitada por Jano, la Atópolis, la soberbia rival de la naciente ciudad de Rómulo. Sobre su cumbre se alzaba el altar de Jano, rey de los aborígenes, deidad sabina, representada con una llave en la mano, *cælestis janitor aula*, que dice Ovidio, como si la fábula, obedeciendo esta vez á misteriosos inexcrutables designios, predijera sobre aquellas mismas alturas el triunfo inmortal del verdadero depositario de las llaves del cielo.....

Más adelante, en los tiempos históricos, al Janículo y á su defensa se refieren las intentadas invasiones de Porsenna, el rey de los etruscos, y el heroísmo de Horacio Cocles, y la serenidad de Mucio Scévola, y la grandeza humilde de Cincinato.

La fortaleza, ó ciudadela de Anco Marcio, formaba una especie de promontorio aislado, cortado á pico, casi inexpugnable: sobre una de sus torres se izaba la bandera roja, mientras duraban en el campo Marcio los comicios por centurias, para que el pueblo supiese que la fuerza pública velaba por su seguridad, y que no habia temor de enemigos extranjeros. También en los pueblos modernos ondea la bandera nacional sobre los palacios en que deliberan las asambleas legislativas. ¿Qué hay en las modernas instituciones sociales, que no tenga su original, ó su reminiscencia por lo ménos, en la vida romana?

Pero otra enseña más gloriosa que la bandera encarnada de los tiempos de la república, se levantó en aquella eminencia del Janículo en los tiempos de Neron. Sobre el montículo de las Arenas amarillas (*Montorio*, monte de Oro), que quizá entonces se comprendia, como hemos ya dicho, en la denominacion general de colina Vaticana, sufrió martirio de cruz el Príncipe de los apóstoles. Roma debia tener su calvario: los judíos del Transtevere ofrecieron, el dia 29 de Junio del año 66, un espectáculo parecido al que dieran treinta y tres años ántes los judíos de Jerusalem. Neron, desde las galerías marmóreas de su casa dorada, vió alzarse la cruz de San Pedro, pero no vió sus brazos ni su cabeza. El Apóstol, que no se juzgaba digno de igualarse en el último suplicio á su Maestro, pidió, y obtuvo, ser crucificado con la cabeza en la tierra. Para honrar aquel suelo, donde descansó la cruz, donde acaso tocó la cabeza de San Pedro, la piedad de nuestros Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel erigirá, por mano de Bramante, el más bello y puro monumento de clásica arquitectura que ofrece la Roma moderna. El admirable templete redondo de Bramante, que iguala, si no excede, en hermosura á los renombrados de Vesta y de la Sybilla, ofrece esta sencilla inscripcion, que en

todo viajero español despierta un vivo sentimiento de noble orgullo nacional:

B. PETRI APOSTOLORUM PRINCIPIS  
MARTIRIUM SACRUM  
FERDINANDUS REX HISPANIARUM  
ET ELISABETHA REGINA CATHOLICI  
POST ERECTAM AB EIS ÆDEM POSUERE.  
ANNO SALUTIS MDII.

El templo (*ædem*) á que la inscripcion se refiere es el inmediato de San Pedro *in Montorio*, iglesia erigida por Fernando é Isabel para los franciscanos (recoletos), á quienes en 1442 se habia dado la guarda de aquel santo lugar y del antiguo oratorio que en el mismo existia. Los reyes de España, señaladamente Felipe II y Felipe III, han mostrado siempre su liberalidad hácia aquella linda iglesia de una nave, en cuyo altar mayor estuvo el gran cuadro de la Transfiguracion de Rafael, y en cuya primera capilla son de admirar las pinturas de Fr. Sebastian del Piombo, hechas sobre dibujos de Miguel Ángel, especialmente la *Flagelacion de Jesucristo*.

La plaza de San Pedro *in Montorio*, donde pronto se levantará la hermosa columna providencialmente encontrada en la orilla opuesta del Tíber, para monumento perpétuo del Concilio Vaticano, ofrece un admirable punto de vista, quizá el más bello de que pueden gozar los ojos, el más interesante, sin duda, á que puede asomarse el alma. Á un lado el Capitolio, las ruinas del Foro, los arcos de la via Sacra, el Coliseo; no léjos, el Palatino, la casa de los Césares, las palmeras de San Buenaventura, y por encima las estatuas de la fachada de Letran; sobre el Celio, la mole redonda de San Estéban; sobre el Esquilino, Santa María la Mayor; más allá, el Quirinal; y la estatua de San Pedro, sobre la columna Trajana; más allá, la verde vestidura de la colina de los Jardines y el obelisco de la Trinidad *di Monti*; volviendo la mirada al Aventino, erizado tambien de torres y de cúpulas, se puede seguir la direccion del Tíber; y acompañándolo en su salida perezosa de la ciudad, contemplar el semicírculo de montañas, en cuyo

término está la cadena de los Apeninos. Más cerca se ve la alta galería del palacio Farnese, la torre caprichosa de la Sapienza, el panteon y la estatua de San Pablo, sobre la columna de Marco Aurelio. Á este lado del Tiber, el mausoleo de Adriano, el monte Mario, con la villa deliciosa cantada por Marcial, y la Basilica inmensa de San Pedro. Debajo, el Transtevere, la iglesia de Santa María y la torre brillante de Santa Cecilia. Allá en los últimos confines, por la parte del Aventino, detras de la pirámide de Cestio, el monte Albano, con el monte Cavo á su derecha y con Frascati (*Tusculum*) á su izquierda. Roma y sus contornos aparecen como un album inmenso, donde pueblos y siglos han ido escribiendo su nombre y dejando monumentos de sus glorias y de sus desventuras. El viaje rápido por Roma, que los ojos hacen desde el Montorio, es para el entendimiento y para la historia un viaje de muchas centurias, á traves de la guerra y de la paz; un viaje que principia entre nieblas, allá en los altares mitológicos y en los bosques sagrados de las colinas, y acaba entre raudales de luz aquí junto á la columna simbólica.

¡Qué grato es recorrer con la vista, desde el inmenso balcon de San Pedro *in Montorio*, á la caída de una tarde de verano, á la hora en que las golondrinas revolotean al rededor de las torres, inquietas, pero vigilantes centinelas del nido de sus amores, recorrer el panorama de la ciudad eterna y de su campiña solitaria. Allí, mejor que en otra parte alguna, pueden leerse ó recordarse con fruicion los pensamientos de un peregrino, que de esta suerte razonaba, sentado al pié del santuario, en la cumbre de la colina:

«¡Bien estás como dormida al pié de las montañas, ciudad reina de las gentes!....

»¡Edificada sobre las alturas, hubiera parecido fortaleza la que habia de ser metrópoli del pacífico imperio de la caridad!

»Encerrada en el fondo estrecho de un valle, apareceria prisionera entre altivas torres la que tiene por horizonte moral los confines del universo.

»Á las muertas ciudades del panteismo índico bien están las llanuras inmensas; á ciudades en cuyo seno hierven los de-

leites del mundo son gratos los valles pintorescos, los anchos lagos y las verdes cordilleras.

»¡La orilla del mar! ¡Oh! ¡Qué triste desacuerdo entre el movimiento prosáico de los negocios mercantiles y la quietud austera, solemne, de que Roma debe ser perenne asiento.

»Ni mar ni montes ni llanura en absoluto. Roma quiere la armónica combinacion de todo y de todos, majestuoso emblema de su destino sobrenatural.

»El género humano desciende de las tres grandes ramas que del primitivo tronco brotaron, y de la unidad primera se dividieron. El hombre de guerra se apropió las alturas; el agricultor prefirió el llano; el comerciante buscó las riberas. La ciudad destinada á ser cabeza espiritual de todas las generaciones, debia ofrecer en su conjunto los caracteres de todas; desde una vasta planicie se levanta, formando semicírculo de montes, cuyas extremidades llegan al Mediterráneo, que brilla en el lejano horizonte, como la barrera metálica de un anfiteatro gigantesco: la extension del campo, interpuesto con la suave ondulacion de la superficie, que riegan abundantes aguas, toma aspecto de desierto, sin ofrecer sus horrores..... Así Roma, por su propia posicion, asume el triple carácter de ciudad teológica, ciudad de las ruinas y ciudad de asilo.

»Dios le concedió la soberana magistratura de la religion; los siglos le otorgaron la gloria de los más famosos despojos; y á sí propia se dió Roma el privilegio de prestar amparo y refugio á toda grandeza caída, á toda alma atribulada.

»Á la ciudad teológica hace muy bien en derredor una ancha zona de silencio y de calma; al hervor de los tráficos mal pudiera acomodarse la ciudad de las ruinas: la ciudad de asilo ofrece á los ilustres desgraciados la plácida frescura de sus bosques seculares, la sombra amiga y restauradora de sus viejos monasterios.

»Roma es cementerio donde duerme una larga serie de generaciones, cada una bajo una piedra más ó ménos mutilada: quien inclina su frente hasta el suelo para descifrar los epitafios, comprende bien lo que es la humanidad y lo que son los monumentos de los hombres.

» En cambio, esas Basílicas, esos conventos que se alzan en el área de la antigua Roma, casi deshabitada, y en torno á los cuales el reposo y la oracion han creado una atmósfera de inexplicable dulzura, son una especie de iniciación para el sepulcro; esos conventos y esas iglesias traen á las almas contemplativas raudales de consuelo; desde sus viejos muros se descubren mágicas perspectivas: el Tiber, que se arrastra perezoso como una serpiente; la cinta azul del mar; la verde llanura del Lacio. Para nosotros, hombres del Occidente, no hay suelo tan sagrado como éste; ninguno, á lo ménos, nos habla un lenguaje tan expresivo y penetrante; aquí se resume todo nuestro pasado; el tiempo parece que ha suspendido su curso sobre esta tierra, tocada de inmovilidad.»

Dulce y grata es la lectura de estas páginas; pero la luz del día se acaba, y la colina del Janículo ofrece aún preciosos monumentos, que reclaman la visita del peregrino.

Subiendo un poco más por la pendiente en que nos hallamos, en direccion al lugar de donde proviene ruido como de torrentes, se llega á la gran *Fontana* del agua que se llamó de Trajano, y ahora se dice *Paola*, del nombre de Paulo V, que trajo el agua y construyó la fuente, con su magnífica fachada de piedra, formada de seis columnas jónicas (cuatro de granito encarnado) sobre altas bases, que sostienen un fronton y un ático con las armas del Papa y la inscripcion latina correspondiente. En los cinco intercolumnios ábrense á manera de ventanas, las tres de enmedio mucho más grandes que las otras, que dan salida á raudales de agua, que con ímpetu fragoroso, cual montañas de espuma, se precipitan en la ancha cuenca de mármol. Ni los tiempos antiguos ni los modernos habian ideado más grandiosa fábrica para análogo fin, ni en ciudad alguna puede hacer su entrada con más estrépito, y ser recibida con más honores, el agua de las montañas.

Más arriba aún de la fontana del agua *Paula*, cuyo limpio caudal alimenta la de Santa María *in Transtevere* y la del ponte Sixto, y sobre todo, las de la plaza de San Pedro, junto á la antigua puerta *Janiculensis*, ahora de San Pancracio, ábrense, sobre los que fueron jardines de Galva, dominando el ancho y

magnífico panorama de Roma y sus contornos, la *villa Pamphili*, delicioso vergel, erizado de lagos, cubierto de espesos bosques, rico de flores y de fuentes, y coronado de altos pinos, que forman como un inmenso parasol. Por las sombrías entrañas de aquel paseo delicioso, que ha merecido el nombre de *Belrespiro*; por debajo de los cimientos de aquel palacio, que fué un tiempo maravilla de las artes, se extienden los frios corredores del cementerio de San Calepodio, cuya principal entrada guarda la antiquísima iglesia de San Pancracio. ¡Cuántos recuerdos van unidos á la Basílica de la via Aurelia, hoy modesta iglesia de padres carmelitas, cuya primitiva fundacion se remonta á la época de las persecuciones! Aquel templo, que se levanta solitario sobre triplicadas galerías de sepulturas, fué quizá, en un principio, pobre oratorio de las insignes Catacumbas, santificadas con la sangre de los Papas Calixto y Julio, y de otros ilustres mártires sacrificados en los dias de Alejandro Severo: con el título de San Pancracio no aparece la iglesia hasta el año 500, siendo Pontífice Simmaco; pero tambien es cierto que desde esa remota fecha, apenas se pierde la memoria del devoto santuario Janiculense, donde San Gregorio Magno pronunció una de sus homilias (la 27), y donde los Papas y cardenales titulares emplearon siempre su munificencia, como en uno de los más venerables monumentos de la Roma cristiana. Dicha nuestra es que lleve nombre español el purpurado que á principios del siglo xvii restauró casi de cimientos la iglesia de San Pancracio, quedando en ella, para perpétua memoria, la memoria del cardenal Luis de Torres, arzobispo de Montereale, digno sobrino de otro Luis de Torres, español, arzobispo tambien de Montereale, en Sicilia, embajador de San Pío V á España, y luégo de Felipe II á Venecia, para preparar la Liga, que dió por resultado la memorable batalla de Lepanto. En los siglos medios era la iglesia de San Pancracio tan insigne por las reliquias que contenia, que sobre ellas hizose costumbre de proferir y prestar los juramentos. Allí lo prestó, en efecto, el rey D. Pedro de Aragon, el dia 11 de Noviembre de 1205, en el acto de ser solemnemente coronado por el Pontífice Inocencio III, que en tan alta

ocasion le otorgó el título de Católico, nunca desmentido ni olvidado por los monarcas de España.

## V.

Nos queda todavía un monumento muy notable en la pendiente del Janículo, aún sin hacer especial mención del palacio Corsini, que encierra una excelente galería de cuadros y una gran biblioteca, ni de la *Farnesina*, donde el genio de Rafael legó á las generaciones *el Triunfo de Galatea*: nos quedan por visitar la iglesia y el monasterio de San Onofre, á los cuales va unida la dulce memoria del más dulce de los poetas italianos, del que llama Lamartine trovador inmortal de la caballería, de la religion y del amor.

La vida de Torcuato Tasso, el inspirado cantor de la *Jerusalem*, es una historia de lágrimas y dolores, que se parece mucho á la de aquel otro insigne escritor español, cuyo ingenio admira el mundo. Torcuato Tasso nació en Sorrento, vivió en Ferrara y murió en Roma; es decir, nació en un jardín, vivió en una córte y murió en un monasterio. No hay halago que no experimentára ni desdicha que no sufriera: aturdióle un momento el ruido de los aplausos, y luego lo espantó la celda de un hospital. Sueños de amor llevaronle á desvarios de loco, que por tal lo declararon los que imaginaban que sólo perdido el juicio pudiera un poeta levantar sus ojos hasta los ojos de una dama principal: los grandes le llamaban su amigo, y hubo algun día en que pidió limosna. Cuando sus contemporáneos volvieron en sí, y acordaron coronar á Tasso en el Capitolio.... era ya tarde!

Torcuato Tasso, á quien las desventuras en Ferrara habian destrozado el corazon, buscó puerto y refugio en la contemplacion de lo infinito y en la esperanza de una recompensa inmortal. Más feliz que Ovidio, el poeta del siglo xvi salió de su *Ponto* de siete años, donde tambien habia escrito sus *Tristes*,

para dirigirse en peregrinacion á Loreto, y luego al santuario de Asis, y más tarde á Montecassino, al monasterio de San Benito.

Pero oigamos la leyenda de Dandolo, que es interesante.

«Era una tarde de otoño del año 1594.

»..... Un peregrino subia pausadamente por el sendero tortuoso, que conduce á la cumbre del Montecassino, y al pasar por delante de las cruces y de las ermitas del camino se inclinaba con respeto, descubriendo su cabeza, mal poblada de cabellos casi blancos. Era un hombre de largas y pálidas facciones, de ojos vivos y hundidos, de frente ancha y despejada, de cuerpo decaído y piernas débiles: llevaba un libro debajo del brazo izquierdo y un baston en la mano derecha.

» Con visible cansancio llegó á la cumbre del Montecassino, que se levanta árida y azulada en el centro de la *Campania* feliz: entró en el claustro del monasterio, casi arruinado por los siglos y por las guerras, y permaneció largo rato de rodillas ante la urna de San Benito y de Santa Escolástica. Despues de orar llamó á la puerta pidiendo á los religiosos hospitalidad, que con caritativa ternura se apresuraron éstos á concederle, esmerándose en prodigar al triste desconocido las atenciones de la solicitud más amorosa.

» Sentóse á la pobre mesa de los Benedictinos, con más paz y más ventura que en otros tiempos á la mesa de los príncipes; y terminada la cena, dos padres, uno viejo y otro jóven, le invitaron á pasar á la terraza, donde, merced á la claridad de la luna, podrian gozar del magnífico panorama que aquella altura domina.

» Aquél es, dijo el monje anciano, Pontecorvo, por donde á la caída de la tarde envia el sol sus últimos resplandores; allí cerca está Venafro con sus hermosos olivares, cantados por Horacio; más allá Aquino, la patria del doctor angélico, y enfrente Arpino, que fué cuna de Marco Tulio. Por todas partes nos rodean grandes recuerdos; este edificio en que estamos se apoya sobre las ruinas de un templo de Apolo, que hicieron famoso las extravagancias de Marco Antonio. El cristianismo ha purificado estas piedras profanas; entre ellas ha edificado

San Benito las celdas que veis ahí bajo, al pié de los cipreses. El mundo entero, hijo mio, no es más que una ruina, que convida al cristiano á meditar sobre lo frágil y fugitivo de su vida presente, y sobre la inmortalidad, que allá arriba le está reservada. ¡Cuántas generaciones nos han precedido sobre esta colina! ¡Cuántos peregrinos y caballeros y prelados y monarcas y papas han venido aquí desde los días de nuestro Patriarca hasta hoy, á orar, á gemir, á respirar el aire místico de la soledad! Ignoro, hijo mio, tu nombre; pero si eres uno de aquellos á quienes el Señor se digna de visitar con tribulaciones, fácilmente comprenderás que este yermo ha debido de ser en todo tiempo refugio privilegiado de las almas doloridas: el espíritu de Dios aletea aquí á manera de invisible paloma, que descubre y penetra los pensamientos, y recoge los suspiros y los cánticos. Dolor y religion buscan la altura; el espíritu aspira siempre á subir; su patria es el cielo.

» Miétras el monje hablaba este lenguaje consolador, el peregrino apénas podía reprimir la emocion de su alma; cuando el monje hubo terminado, el peregrino dejó correr libremente sus lágrimas; los dos religiosos le miraban enternecidos y confusos.—¿Quién sabe? dijo el jóven al anciano; quizá es un santo.

»—¡Ay de mí! repuso una voz melancólica; no soy más que un poeta; mi solo nombre es mi primer poema de desventuras y de dolor.

»—¿Tanto habeis sufrido? preguntó con vivo anhelo el benedictino de la barba blanca.

»—Mucho, padre: fuí altivo y me humillaron; soñé en la amistad y me vendieron; amé en silencio largos años y me hice egoísta; un día declaré mi amor y me encerraron por loco. Los príncipes me querian á su lado; los grandes se inclinaban ante mí; las reinas de la hermosura me reservaron mil veces aquellas sonrisas fugitivas, que son para el alma del amante rayos de luz de un día sin nieve y sin tinieblas. ¡Pobre víctima de amor! ¡Cuántas amargas me estaban reservadas; cuántos dolores había escritos en la página postrera de mi destino! Yo busqué el aplauso de la multitud, no porque su ruido se em-

botára en mi corazon, sino porque, repercutiendo en él, fuera á llevar á otro pecho el aura de mis suspiros. Yo me levanté sobre los pedestales de la fortuna y de la gloria, para estar ménos léjos del tipo soberano que adoraba. A solas con mi pensamiento, paseábame yo por un mundo de esperanzas y quimeras, como un emperador por sus alcázares de oro. Habia luz para mis ojos en la mirada de otros ojos más limpios y serenos que ese disco refulgente, que flota en la region de las estrellas: mi sér vivia engarzado en otro sér; mi alma estaba fundida en otra alma, y pasaron años y nunca dejaba escapar su secreto por temor de que el viento envidioso se llevase el aroma entre sus alas, ó por celos de que aprendiesen su cántica de amor las avecillas del campo.

» Ni ¿á qué revelarlo? ¿Por ventura, aquella alma, hermana de la mia, ignoraba el misterio de mis versos y de mi tristeza y de mis lágrimas?

» Y sin embargo, un día claro y hermoso como los días azules, que solamente sabe dibujar nuestro sol de Italia, en mi corazon rebramó la tempestad y se ofuscó la luz de mi inteligencia, y murmuré ó escribí una declaracion de amor, que fué mi propia sentencia.

»—Bajaste, hijo mio, interrumpió el padre, de las regiones de tu fantasía á las esferas de una realidad oscura y menguada; cortaste las alas al ángel de tus ensueños; que buscar paz y ventura en los amores de la tierra, es pedir flores al desierto, ó querer caminar á pié enjuto sobre la superficie de los mares. La imaginacion de los poetas, vagarosa y falaz, retribuye en luengos años de amargura sus breves horas de alegría. Ilusiones, esperanzas, triunfos, ¿qué son? Si fuera posible abrir alguna de las tumbas, que en este monasterio guardan los restos mortales de poderosos del siglo, como Pedro Médicis ó el Príncipe de Mignano, quizá un soplo de nuestros labios, la tenue respiracion de nuestra boca, bastaria para ahuyentar las cenizas y borrar los últimos contornos de aquellas figuras humanas, un tiempo resplandecientes y vigorosas. Los palacios ideales que fabrica la vanidad de los hombres, ¿qué han de ser sino polvo más menudo aún y más volátil que la ceniza de las